

Nahui Olin, sin principio ni fin

Devorada por sí misma

Silvia Molina

A partir del comentario del libro Nahui Olin, sin principio ni fin de Patricia Rosas Lopátegui, Silvia Molina nos ofrece el bosquejo de una de las figuras más destacadas de la vida cultural y del imaginario erótico del siglo pasado.

Estudí en el Colegio Francés de San Cosme, donde lo hizo Carmen Mondragón (1893-1978). Y cuando lo pienso y vuelvo a las aulas y corredores llenos de voces de las *mesdames* viejitas —como Marie Louise Crescence, a quien le dedica *À dix ans sur mon pupitre*— que se dirigían siempre a nosotras en francés, puedo ver en 1904 a la niña Carmen Mondragón, de uniforme azul marino y trenzas rubias, jugando quemados a la hora del recreo en el patio mayor, sin imaginarse siquiera que le esperaba una vida llena de tragedias.

La “chica” Mondragón, que tiempo después no reconocieron como suya las mismas *mesdames* del colegio, cargaría desde entonces la ansiedad en su pluma y la cruz de su belleza y sensualidad —aterradoras para la mirada de su tiempo—, como la premonición de un futuro conmovedor.

A lo largo de su vida, ochenta y cinco años, iría acumulando los secretos de su desequilibrio emocional. Quizá los más terribles fueran la actuación de su padre, el general Manuel Mondragón, durante la Decena Trágica, nada menos que contra el esposo y el cuñado de su madrina de bodas; la vergüenza del único matrimonio que tuvo; la muerte de su hijo; el infierno de los ce-

los al Dr. Atl; la partida del capitán Agacino, la soledad, la pobreza, los gatos y la locura.

Sobre el pasado de su padre, no pudo más y alzó la voz: en 1925 escribió una carta en respuesta a Jorge Sánchez Azcona que involucra al general Mondragón en los hechos de la Decena Trágica:

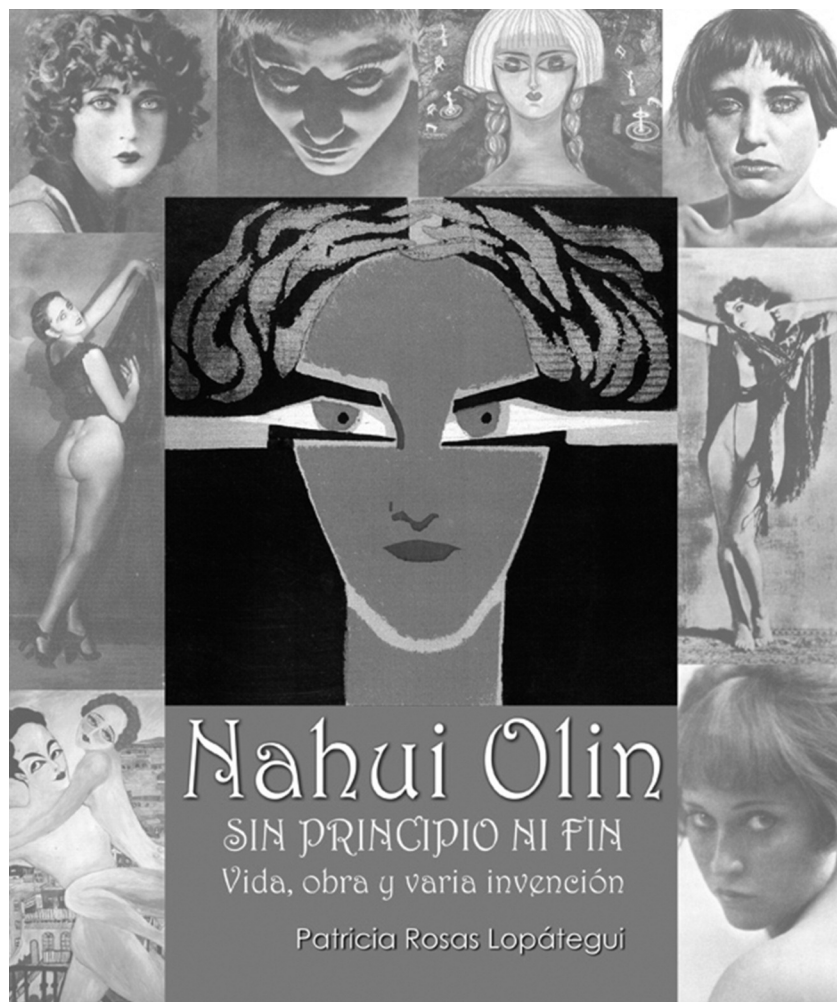
Yo, como mujer, no puedo lanzar el guante personalmente contra acusadores inofensivos, pero sí lanzo el guante para batir con la pluma a todo aquel que tocara el nombre de mi padre sin justificarlo,¹

y donde anuncia un libro que nunca, por desgracia, nos llegó:

Este libro será una obra firme que ya está en prensa, en Europa, donde tanto han admirado el talento de este único artillero y técnico mexicano.²

¹ Patricia Rosas Lopátegui, *Nahui Olin, sin principio ni fin. Vida, obra y varia invención*, Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 2011, p. 297.

² *Idem.*



Aquella “chica” que no sabía que iba a ser satanizada como Guadalupe Amor con quien se emparenta, sobre todo en la vejez y en varias de las manías como aquella de errar sin rumbo por las calles de la ciudad, y que cegó con la luz de sus ojos verdes a jóvenes y viejos, terminó siendo la sombra de su sombra, como lo cuenta Elena Poniatowska, en voz de Lola Álvarez Bravo y Juan Soriano, en *Las siete cabritas*. Habla doña Lola:

Andaba por Puente de Alvarado como ruleteando, la pobrecita. Se ponía unos vestidos de una tela muy brillante, muy corriente, totalmente ceñidos y muy escotados, con una florezota de papel en el pecho.³

Relato desolador, donde la vemos con el brillo de sus ojos tan apagado que para atraer a sus visitantes prende con el calor de sus manos un foco, lo que desconcierta más a los intrusos de su intimidad.

Cuando escribió aquella carta queriendo justificar a su padre tenía dos años de casada y sólo veintidós de edad, pero era consciente de que con la pluma se puede batir a los gigantes y a los magos que los convierten en molinos. Qué seguridad la de su escritura, entrenada

³ Elena Poniatowska, *Las siete cabritas*, Ediciones Era, México, 2000, p. 73.

desde los diez años, qué manera de verse, expresarse, juzgarse y observar el mundo que la rodeaba.

Nueve años de matrimonio incierto terminarían en una desbordada pasión con el Dr. Atl, quien como sabemos la conduce por los caminos telúricos del arte y el ardoroso de la entrega.

El mismo Atl, que la bautizó en náhuatl con el nombre de Nahui Olin, hizo desaparecer una *e* a su sobrenombre quizá para impedir que la palabra, malentendida y peor pronunciada, la fuera a ensuciar, sin darse cuenta, entonces, de que él mismo contribuiría a hacerlo. En la nación mexicana sólo unos cuantos conocen la lengua de los aztecas y le habrían dicho “Ollín” aunque se pronuncia “Ólin”.

Nahui (que no Nahuí como se le dice) escribe sin freno y rigor, y pinta sin enredarse en técnicas ni escuelas aunque fue iniciada en la pintura, pero se deja ir para expresarse libremente. Hace ambas cosas, e incluso música, como le dicta su corazón inocente de *petite fille* del colegio francés: con espontaneidad, ingenuidad y frescura.

EN MIS MEDIAS⁴

En mis medias / hay / una cosa / que es mi carne / que se mira / sintiendo / placer / y son / medias / de seda / de color / negro / que tienen / una cosa / dentro que se mira / de lejos / de cerca / con placer / allá —acá— / hay / en mis / medias / una cosa / que se mira / con gula / y por más que se diga / es mi carne / la que se ve / a través de / la seda / de mis medias / acá / allá.

Asimismo ama sin freno, da rienda suelta, se exhibe sin bridas; se convierte en esa llama que confiesa ser abrazada por sí misma.

¡Qué libro el que nos entrega Patricia Rosas Lopátegui! Una enciclopedia de casi seiscientos sesenta páginas sobre Nahui Olin, el cuarto movimiento o lo que es lo mismo, el Quinto Sol (esos soles podrían ser ella, Pita Amor, Frida Kahlo, Nellie Campobello y Elena Garro), cinco mujeres que brillaron por sí mismas en un tiempo de tinieblas adversas a su inteligencia.

Sin duda, esta obra contribuirá a sacarla del rincón donde ha sido castigada por la osadía de manifestarse con libertad, posar para los mejores pintores (Diego Rivera, Roberto Montenegro, Atl, Rosario Cabrera, Santoyo, etcétera) y fotógrafos de la época (Antonio Garduño, Edward Weston, etcétera) y entregarse desenfrenadamente como sólo lo podía hacer una mujer que tuvo por marido a un hombre que no podía darle gusto.

Patricia Rosas Lopátegui recoge en este libro *Nahui Olin, sin principio ni fin. Vida, obra y varia invención*

⁴ Transcribo el poema sin respetar la formación original por razón de espacio. En Patricia Rosas Lopátegui, *ibidem*, pp. 84-85.

publicado por la Universidad de Nuevo León —que al paso que va será la envidiable editora de todos los trabajos de esta mexicana de la Universidad de Texas a quien le ha dado por trabajar con avidez la obra de las escritoras mexicanas—, no sólo los escritos *casi* completos de Nahui Olin (porque al parecer Tomás Zurián, su mayor devoto y a quien le debemos su rescate lo mismo que a Adriana Malvido, tiene dos manuscritos que piensa dar a luz. Tal vez uno de ellos sea aquel que dijo haber escrito sobre su padre) sino los principales testimonios que tenemos sobre esta mujer, pintora, escritora y compositora, lo que por cierto casi nadie consigna, quizá porque no fijó en el pentagrama las notas de sus composiciones.

Leemos con alegría y enorme curiosidad reseñas periodísticas, notas, artículos, poemas y testimonios que van del Dr. Atl, pasando por los recién nombrados Zurián y Malvido, Adela Fernández, Armando Ponce, La China Mendoza, Adriana Moncada, Elena Poniatowska, Raquel Tibol, José Emilio Pacheco, Héctor Trillo, Guadalupe Amor, Felipe Gálvez, Sergio González Rodríguez y muchísimos más porque la lista es larga. Nahui vista como mujer, como pintora, como escritora en su contexto histórico y cultural.

El libro tiene un prólogo de Tomás Zurián, unas palabras preliminares y un proemio de Patricia Rosas Lopátegui y siete partes: *Obra de Nahui Olin*, *Nahui Olin en la obra del Dr. Atl*, *Rescate hemerográfico* y otros documentos de y en torno a Nahui Olin, *Un poema y dos semblanzas*, *Estudios biográficos: vida y obra de Nahui Olin*, *Los años noventa y el nuevo milenio*. Y luego vienen: *A manera de epílogo*, *Cronología de la vida y obra de Nahui Olin* y *Bibliografía general*.

¿Por qué se olvidó o se relegó a esta pintora y escritora si cuenta con la admiración de tantos intelectuales? ¿Por qué su escritura tiene algo de esa niña espontánea del Colegio Francés? ¿Por sus amores o su locura o su propia marginación? Quizá por su postura impetuosa y su estilo de vida desconcertante. Es hora de hacerle justicia: ya se la han hecho Zurián, Malvido y Rosas Lopátegui con este estudio que servirá para estudiarla en serio porque sus libros eran inconseguibles. Si la obra de Nahui Olin no valiera la pena, Patricia no podría haber recogido tanto testimonio ni tantas notas en torno a su vida y a su obra. Pienso que Nahui fue vanguardista y que hay que juzgarla como una mujer que nació a finales del siglo XIX y se formó a principios del siglo XX.

Ojalá que las palabras de José Emilio Pacheco⁵ se hicieran realidad y la fridomanía diera paso a la nahuimanía:

⁵ En Patricia Rosas Lopátegui, *Carmen Mondragón (1893-1978). Más que tuya Nahui Olin*, p. 516.



Nahui Olin en una fotografía de Antonio Garduño, s/f, colección Tomás Zurián Ugarte



Nahui Olin en una fotografía de Antonio Garduño, s/f, colección Biblioteca de arte mexicano Ricardo Pérez Escamilla

Todo empezó en 1975. Las cartas a Manuel Rodríguez Lozano de Antonieta Rivas Mercado iniciaron un movimiento al que dieciocho años más tarde debemos *Tini-sima* y la divinización de Frida Kahlo. *Nahui Olin. Una mujer de los tiempos modernos*, el libro de Tomás Zurián con textos de Rafael Tovar y de Teresa, Gerardo Estrada y Blanca Garduño, que sirve de catálogo a la exposición en el Museo Estudio Diego Rivera, parece destinado a ser el comienzo de la apoteosis de Nahui Olin; seguirán una biografía por Fabienne Bradu, autora de *Antonieta*, obras teatrales de Emilio Carballido y Víctor Hugo Ras-cón Banda, una película de Yamina del Real.

Si no recoge el desafío Madonna que en su antilibro *Sex* intenta, mediante el maquillaje, la escenografía y la mercadotecnia, lo que Nahui Olin hizo en la realidad y sin parafernalia, casi puede afirmarse que otros se encar-garán de convertir a Nahui Olin en el último mito sexual del siglo agonizante. La nahuimanía reemplazará a la fri-domanía. Habrá posters, postales, camisetas, gorras con las iniciales N.O., líneas de perfumes y productos de be-lleza. Los desnudos de Carmen Mondragón poblarán las ciudades...

Ojalá esa nahuimanía no fuera sólo como un mito sexual sino como un homenaje a una mujer de gran sensibilidad, con talento, que practicó varias artes y que se sabía diferente:

*Lloro de dolor*⁶ / Desgraciada de mí / no tengo más que un destino: morir / porque siento mi espíritu / demasiado amplio y grande para ser comprendido / y el mundo, el hombre y el universo / son demasiado pe-queños para / llenarlos. / Quiero morir / es necesario desaparecer / cuando no se puede respirar / ni desplegar las alas.

Viva Nahui Olin. Feliz cumpleaños te deseamos tus admiradores. **u**

⁶ En Nahui Olin, *Una mujer de los tiempos modernos*, INBA, Méxi-co, 1992, p. 117 (fragmento).

En esta dirección se pueden ver obra y fotografías de Nahui:
<http://es.scribd.com/doc/75323853/Nahui-Olin-Una-Mujer-de-Los-Tiempos-Modernos-Completo>



Anónimo, Nahui Olin con dedicatoria al Dr. Atl, s/f, colección Tomás Zurián Ugarte